

PERENNIDAD DE SANTO TOMAS

La revista AQUINAS, de la Pontificia Universidad Lateranense, ha consagrado toda una anualidad a Santo Tomás y su doctrina (1). Tanto el título general—*De reditu ad Sanctum Thomam*—como el de las cuatro secciones en que se distribuyen los trabajos, indican claramente la intención: hacer manifiesta no sólo la superioridad del pensamiento tomista sobre las demás ideologías, sino además evidenciar la vigencia de su método, doctrina y principios en los días en que vivimos. Extractaremos a continuación el Sumario y entresacaremos las ideas del primer artículo, del R. P. Santiago Ramírez, O. P., añadiendo algunas referencias a los de Etienne Gilson y Umberto Degli'Inocenti, O. P., los tres de carácter general

SUMARIO:

I.—*Sanctus Thomas studiorum dux*

S. Thomas, studiorum dux: JACOBUS RAMIREZ.

La paix de la sagesse: ETIENNE GILSON.

Cur Sanctus Thomas: HUMBERTUS DEGLI'INOCENTI.

II.—*Metaphysica ultima ratio excellentiae thomisticae philosophiae*

L'idée inspiratrice de la métaphysique thomiste: LOUIS DE RAEY-MAEKER.

In torno al fondamento della metafisica tomistica: CORNELIO FABRO.

Valeur et tâches actuelles du thomisme: JOSEPH DE FINANCE.

III.—*Perennis valor philosophiae Angelici Doctoris*

Attualità della filosofia de S. Tommaso: GIORGIO GIANNINI.

Cognoscibilidad de Dios, según Santo Tomás: FELIX FERNANDEZ DE VIANA.

(1). «AQUINAS», 1-3, 1960: *De reditu ad Sanctum Thomam. Philosophica scripta Joanni XXIII Pontifici Maximo et Patribus Concilii Vaticani Secundi a Pontificia Universitate Lateranensi reverenter oblata*. Pp. 350.

Perenne validità delle "cinque vie" di S. Tommaso: SOFIA VANNI ROVIGHI.

Valore perenne della gnoseologia tomistica: EUGENIO TOCCAFONDI.

Problemi morali dell'ora e risposta tomista: PAOLO VALORI.

Necessità di un ritorno alla dottrina tomistica del diritto naturale: REGINALDO PIZZORNI.

IV.—Momentum Aquinatis in historica philosophiae evolutione

Il tomismo di fronte alle correnti platoniche e neoplatoniche: CESLAO PERA.

Il posto del tomismo nella storia del pensiero medioevale: CLEMENTE VANSTEENKISTE.

Il significato storico de S. Tommaso d'Aquino per la sintesi cristiana del mondo moderno: ROBERTO MASI.

Este magnífico cuadro de colaboradores, de consagrados especialistas en filosofía tomista, da una idea suficientemente del interés del volumen. Ciertamente que algunas ideas se repiten, pues los temas se entrecruzan en no pocas ocasiones; pero enfocadas siempre desde ángulos diferentes, proyectan cada una su luz propia, aun cuando a veces refieran los mismos textos del Santo. El ideal sería un extracto de lo más notable de cada uno; sin embargo, es imposible, dado que todas estas colaboraciones son tan densas de pensamiento que se correría el riesgo de desfigurarlas. Por eso hemos preferido, como anunciamos al principio, hacerlo con uno solo, con breves referencias a los de Gilson y Degli'Inocenti. El riesgo siempre es menor.

No podemos, no obstante, pasar adelante sin referirnos brevemente a las ideas de Antonio Piolante, quien, como Rector Magnífico de la Universidad Lateranense y profesor de la misma, presenta el volumen.

No es fácil, nos dice, encontrar un cuerpo de doctrina que, permaneciendo constante y fiel a sí mismo, al menos en sus partes esenciales, haya superado felizmente la prueba y el peligro del tiempo. Sólo el sistema de Santo Tomás, iluminado por la luz de la fe, guiado siempre por la naturaleza y sirviéndose de los Santos Padres y de Aristóteles, ha superado esa prueba. Y la razón de esto es que sólo él tuvo la suficiente humildad para recibir la verdad, dondequiera que la encontrara, e incorporarla a su sistema. Eso explica la perennidad de su doctrina, su amor a la verdad. Esa es también la tarea de toda filosofía, buscar la verdad. Y no cualquier verdad, sino la que es origen de toda otra, la que pertenece, según el Filósofo, al primer principio del ser de las cosas. Y, por lo tanto, su verdad es principio de toda verdad. En esto se funda el que su filosofía nunca envejece, sino que conserva siempre todo su vigor y actualidad.

Estas razones son las mismas que había invocado S. S. Juan XXIII ante los asistentes al V Congreso Tomístico Internacional, declarando que por ellas los principios de Santo Tomás habían de atravesar incólumes todas las edades, «in omnes aetates duratura Angelici Doctoris principia»... «Nunquam interitura Aquinatis principia». La suprema

autoridad eclesiástica corrobora una vez más la perenne actualidad de Santo Tomás.

El primer trabajo es del P. Santiago. Ramírez, O. P. Por título tiene el mismo de la sección que encabeza: *S. Thomas studiorum dux*. Como buen escolástico comienza el P. Ramírez proponiéndose, en forma de objeción, el «handicap» que supone hoy tomar por principio un jefe o guía al querer filosofar. E. Gilson se propone la misma dificultad, pero concretizada al tomismo: la resistencia que han experimentado y siguen experimentado, hoy más quizá, ante la doctrina de Santo Tomás, sea por parte de los estudiantes, sea por parte de los profesores; los primeros no encuentran en esa filosofía los nombres de sus filósofos preferidos y que dominan la enseñanza de hoy: Kirkegaard, Jaspers, Heidegger o Karl Marx; los segundos ven coartada su libertad. Y según Degli'Inocenti, la repugnancia experimentada ante el tomismo se fundaría en que los filósofos actuales encuentran esta filosofía arcaica del s. XIII, y la Iglesia que la propugna defiende y propone «ea quoque senectute laborat», y por lo mismo necesitan ambas de una radical renovación.

Pues bien, según la forma en que el P. Ramírez expone la dificultad, ésta se reduciría a los términos siguientes: Tomar hoy día un guía o un maestro y querer filosofar es algo contradictorio; es y supone la renuncia a la filosofía. Quien así procede parece reducirse a interpretar y exponer simplemente lo que dijeron los demás, despreocupándose de la verdad de las cosas, condenarse a un puro nominalismo y declararse incapaz de plantearse nuevos problemas. La filosofía debe ser algo personal, como la vida; es más, la filosofía es vida; y como la misma vida debe estar sometida al cambio constante, al movimiento, debe estar *in fieri* perpetuo. La filosofía, por otra parte, ha alcanzado su mayoría de edad; por lo tanto, su independencia y libertad.

El P. Ramírez afirma, sin lugar a dudas, el poder de la razón para descubrir múltiples verdades por sí misma. Esta posibilidad va incluida en la misma naturaleza racional del hombre y su facultad de entender y razonar. Una inteligencia incapaz, por naturaleza, de aprehender y entender la verdad sería una quimera y una contradicción. De esa capacidad nativa de la inteligencia nace la filosofía con su método, su autonomía y su libertad, dentro de su campo propio.

Pero no se trata de una libertad y autonomía omnimodas. Y si la libertad y autonomía de la razón no llevan esas características, tampoco la filosofía, que es producto de aquélla.

Una verdad fundamental es que el hombre depende de Dios, de quien ha recibido la razón. Por lo mismo, en cuanto hombre y en cuanto filósofo, está sometido a Dios. Y si Dios se ha dignado hablar al hombre, éste, en cuanto hombre y en cuanto filósofo, tiene la obligación de escucharle. Es más; si Dios ha manifestado algunas verdades, y el filósofo, tal como se viene admitiendo desde Platón y Aristóteles, escruta y profesa la verdad, tiene la obligación de admitir esa verdad, sabiendo que Dios no puede ni engañarse ni engañarnos. Y

si esa verdad ha sido confiada a la Iglesia, el hombre, en cuanto hombre y en cuanto filósofo, no puede desentenderse de ella sin ofender su razón natural. Por lo mismo, es un derecho y un deber de la Iglesia enseñar la verdad revelada por Dios y defenderla «contra profanas vocum novitates et falsi nominis scientiam, ne fideles decipiantur per falsam philosophiam et inanem fallaciam». No por eso sufre la razón en sus derechos, sino que, como es obvio, se perfecciona con nuevas verdades, todas las relativas al orden sobrenatural.

El intelecto no sólo resulta perfeccionado con estas verdades, totalmente inasequibles a la razón natural, sino también se ve enriquecido con otras muchas de orden natural, asequibles en absoluto sin la revelación, pero sobre las que abundaron los errores y desviaciones hasta desfigurarlas casi totalmente.

Cierto que la existencia de Dios puede ser demostrada de diversas maneras, pero no lo es menos que algunos ignoraron, y que otros muchos se engañaron acerca de su naturaleza, creyéndolo inmanente al mundo o sin ninguna relación con él. Igualmente respecto de la creación, ningún filósofo pagano ha tenido un concepto exacto de la misma. De ahí que no supieran explicar el origen del mundo ni el de la materia, haciéndolos eternos e independientes de Dios. E ignorada la creación, desconocían igualmente el origen del hombre, y principalmente el de su alma, lo mismo que su perfecta espiritualidad e inmortalidad. En consecuencia, carecían de bases sólidas para establecer la verdadera moralidad.

Estos errores no fueron exclusivos de los antiguos, sino también de muchos de nuestros tiempos, filosofando apartados de los postulados de la recta razón natural y al margen de toda iluminación positiva. Es lo que afirmaba Santo Tomás en II C. G. 48, cuando decía que incluso estas verdades fundamentales habían sido conquistadas por muy pocos, después de mucho tiempo tras largas dudas y vacilaciones y con mezcla de no pocos errores. Propuestas, en cambio, infaliblemente por el Magisterio de la Iglesia, la razón natural concentrará todos sus esfuerzos en la búsqueda de argumentos válidos y estables sea para demostrar racionalmente su existencia, sea para explicar su naturaleza. Desde el principio conoce ya la meta a la que se dirige.

Por consiguiente, la filosofía cristiana no es una *contradictio in adiecto*, ni enemiga de la libertad. La libertad no es para el error, sino para la verdad; también aquélla tiene sus límites, que son los de la verdad.

Lo contrario, exactamente, se observa en ese modo de filosofar, en el que no cabe ninguna consideración para la verdad ya adquirida, comenzando siempre de nuevo en una labor estrictamente personal. Se trata de una filosofía que nunca pasará la edad de la infancia, y que nunca podrá aspirar a la perennidad por haber renunciado ya de antemano a gran parte de la verdad. Su resultado es un *maremagnum*, una verdadera selva de sistemas filosóficos que pasan sin dejar huella en la historia, a no ser la de su consignación como hechos históricos. Estela

poco luminosa por cierto. La verdad no puede contradecirse. Por lo mismo, la razón no sufre esclavitud alguna al dejarse guiar por la fe mientras se encamina a la búsqueda de la verdad ajustándose al orden de las cosas sin imponerles otro prefabricado por ella y por lo mismo irreal.

Un paso más y llegaremos a determinar la función del magisterio humano, aprobado y propuesto por la Iglesia. La Iglesia, en su función tutelar, señala un cuerpo de doctrina filosófico-teológica; indica además los guías y maestros. Sustancialmente y en sus líneas fundamentales se encuentra en los Santos Padres y Doctores de la Iglesia. Este cuerpo doctrinal, elaborado a través de los siglos por los mejores hijos de la Iglesia, ha llegado a establecer verdades y doctrinas inconcusas que nadie puede olvidar o considerar simplemente como un grandioso edificio, pero inactual. Son verdades ya adquiridas y la verdad no envejece. Lo que sí está siempre permitido es penetrarlas más profundamente, indagar nuevas razones, traducirlas al lenguaje de nuestro tiempo; bucear en sus intimidades para sacar a la luz otras conexiones y relaciones todavía no descubiertas; enfocarlas desde otros puntos de vista para que nos descubran toda su potencialidad. En una palabra, hacerlas plenamente actuales de conformidad con las necesidades y exigencias de nuestros días.

No vale decir que todas las cosas cambian incesantemente; incluso la misma noción de verdad, que ya no sería la adecuación del entendimiento con la cosa, o de la cosa y del entendimiento, sino una progresiva acomodación de la razón y de la vida en el continuo fluir de ésta. Es un subterfugio inútil. Tal afirmación en su sentido universal es falsa y contradictoria, pues probaría que ni la misma afirmación «todas las cosas cambian, nada permanece», era verdadera. Es evidente que no todas las verdades tienen la misma firmeza. Sin embargo, permanece fija e inmutable la misma noción común de verdad, así como también la verdad de los primeros principios o verdades «per se» evidentes, al igual que la verdad de las conclusiones, plenamente demostradas. Respecto de los primeros principios no sólo son verdaderos en sí mismos necesariamente, sino también en nuestro entendimiento, el cual no puede dejar de ver que son verdaderos. «Prima demonstrationis principia non possunt cogitari non esse», dice Santo Tomás (In I. S. d. 42, a. 2, ad 6).

Con este panorama por delante cabe preguntar: ¿quiénes son esos guías y maestros señalados y aprobados por la Iglesia? La respuesta es sencilla. Los Santos Padres y Doctores escolásticos, que establecieron ese cuerpo doctrinal inconcuso señalado por la Iglesia. Ahora bien, entre los Doctores escolásticos brilla como príncipe y maestro de todos Santo Tomás de Aquino, bien se considere la amplitud de su doctrina, su profundidad, su coherencia con la verdad revelada o su libertad respetuosa para con lo afirmado por otros doctores aun sin disimular su discrepancia. A este propósito decía Cayetano de Santo Tomás que por haber venerado a todos sus antecesores, de alguna manera había he-

redado la inteligencia de todos ellos (citado por Gilson). Aceptación de toda verdad, dondequiera que se encuentre, pero al mismo tiempo una sana libertad. «*Studium philosophiae—escribía Santo Tomás—non est ad hoc ut sciatur quid homines senserint, sed qualiter se habeat veritas rerum*» (*In I De caelo et mundo*, lect. 28, n. 8). Y en la Suma estampó estas otras palabras no menos elocuentes: «*Non enim pertinet ad perfectionem intellectus mei quid tu velis vel quid tu intelligas cognoscere, sed solum quid rei veritas habeat*» (I, 107, 1). Y todavía más terminante, hasta parecer una verdadera osadía, si no estuviera escrito por un santo: «*Videbatur—escribe, comentando el Libro de Job—autem disputatio hominis ad Deum esse indebita propter excellentiam qua Deus hominem excedit. Sed considerandum est quod veritas ex diversitate personarum non variatur; unde cum aliquis veritatem loquitur vinci non potest cum quocumque disputet*» (*In Job*, cap. 13, lect. 2). «*De Socrate—dice con Platón—parum est curandum, de veritate multum*» (*In Eth.* lect. 6, n. 78), «*amicus quidem Socrates, sed magis amica veritas*» (*Ib.*). No pueden darse palabras más terminantes. Búsqueda apasionada de la verdad en todos sus predecesores; pero a la vez una auténtica libertad frente al pensamiento de los demás. La única regla siempre, la verdad. Por eso escribía estas otras palabras, regla de oro, que ningún investigador debiera olvidar: «*Oportet eum, qui vult bene inquirere veritatem, esse promptum ad hoc quod instet et sibi ipsi et aliis: non per instantias sophisticas, sed per instantias reales et rationabiles proprias, idest convenientes generi de quo agitur*» (*In II De caelo et mundo*, lect. 22, n. 10). Exigencia consigo mismo y exigencia con los demás; pero nada de falacias ni sofismas, sino razones serias y sólidas ajustadas a la materia de que se disputa o inquiere.

Nadie que conozca, un poco al menos, el procedimiento metodológico del Angélico podrá negar que él mismo puso en práctica estas palabras, que estampó como regla universalmente válida. Apuró el pensamiento de los demás hasta el límite, si bien se inclinaba siempre en favor de una interpretación correcta; se impuso a sí mismo las exigencias de la verdad, no conformándose con soluciones fáciles, sino reiterando las dificultades conforme el tema lo requería. Así llegaba a penetrar hasta el fondo la verdad. Recuérdense, por ejemplo las series dobles y triples de dificultades y de *Sed contra* que se proponía sobre todo en algunas de sus QQ. DD.

Por este método riguroso, por su respeto por encima de todo a la verdad, por la consonancia de su doctrina—por ser verdadera—con la verdad revelada, por la claridad y solidez con que asentó tantas verdades, recibidas unas, propuestas y razonadas por él otras, ha merecido ser señalado como guía y maestro, como doctor común. Como tal fué propuesto por los grandes Pontífices, y en particular desde León XIII a Juan XXIII. Su sistema, y en particular su Metafísica, están más allá y por encima de todo tiempo; apoyado sobre una roca sólida tienen un valor de eternidad y siempre será un grave peligro apartarse de la metafísica tomista (Pío XII). Recuérdese la comparación que Pío XI establecía entre la Sda. Escritura y las dos Sumas de Santo Tomás.

En resumen ; porque el hombre es racional, inteligente, puede conocer la verdad. Esto exige su libertad. Y porque el hombre cambia, evoluciona, se desarrolla, vive y tiene una historia, muchas de las verdades por él registradas cambian también, como sucede en los conocimientos de las artes liberales, las ciencias y las técnicas y la misma filosofía en aquello que depende de ellas. Mas porque el hombre no sólo es racional hoy, sino que lo fué desde que existe, otros muchos conocimientos se encuentran plenamente establecidos. La misma razón tiene sus exigencias. Para ser, pues, plenamente actuales no es preciso que la filosofía comience hoy, con cada hombre que piensa, no es preciso renunciar a la herencia del pasado ni a las verdades inconcusas que la historia nos confía. Y lo mismo que sucede en otras ciencias, artes y técnicas en las que el hombre comienza su aprendizaje bajo la tutela y dirección de quien las posee, así en filosofía necesita de un jefe, de un guía, no suponiendo esto carencia ni renuncia a la libertad, ni a su genio peculiar, ni a su vivir concreto existencial. Es una limitación que impone el ser hombre y vivir en una circunstancia histórica determinada.

FR. GENEROSO GUTIERREZ, O. P.